



COMUNICADO DE PRENSA

901 N. Stuart St., 10th Floor, Arlington, VA 22203

Oficina de Evaluación y Diseminación: Paula Durbin
Teléfono: 703-306-4357
Facsímil: 703-306-4365
www.iaf.gov

PARA PUBLICACIÓN INMEDIATA

Publicación: No. 070101
Fecha: 1 de julio de 2001
Páginas: Siete

Pasado ancestral es el futuro de indígenas maya de México

YAXUNÁ, México —Deseosos de mostrar el ingenio creador de sus antepasados, los pobladores de la aldea despejaron la maleza en la base de la pirámide para revelar unas figuras esculpidas en piedra hace más de 1.000 años.

“Esta es la deidad del maíz”, explicó Eusebio Poot, un hombre de 53 años e indígena de ascendencia maya, al señalar una figura cuyos brazos curvados conservaban su gracia a pesar de llevar siglos cubierta de tierra y abundante follaje. “Y ese es el dios de los remedios. ¿Ve el vaso que sostiene en la mano?”

Los descendientes maya de esta aldea, localizada a unas 13 millas (20 kilómetros) al sur de las famosas ruinas de Chichen Itza de México, siempre habían sospechado que sus tierras podían ocultar importantes misterios. Sin embargo, los montículos que se levantaban sobre el paisaje predominantemente llano eran para ellos sólo otro lugar donde sembrar sus cosechas.

Pero todo cambió en 1986 al iniciarse la colaboración entre los maya y los

arqueólogos estadounidenses de la Universidad Metodista del Sur en Dallas para desenterrar las extraordinarias ruinas de Yaxuná, que en maya significa “primera vivienda”.

Ahora el pasado se ha convertido en el futuro de estos pobres indígenas que subsisten de lo que siembran. El turismo bien podría ser la solución a todos los problemas de estos 500 residentes de la aldea. Con la ayuda de una fundación privada de la Península de Yucatán en México, donde está situada Yaxuná, y con capital simiente extranjero, los campesinos mayas intentan lo que por mucho tiempo parecía una imposibilidad: desarrollar y administrar un pequeño hotel de su propiedad.

“Una aldea tiene que crecer. De lo contrario, moriremos de hambre. Muchos de nosotros ya no queremos comer sólo frijoles, así que esperamos que esta idea nos sostenga y que finalmente podamos emplear útilmente los tesoros de Yaxuná”, dijo Emeterio Tamay, indígena de 76 años y uno de más de una decena de socios del proyecto del hotel en Yaxuná.

Aunque aquí yacen bajo tierra más de 600 estructuras antiguas, sólo se han desenterrado unas cuantas pirámides y otras edificaciones.

Los habitantes de esta aldea proyectan administrar un complejo de ecoturismo por cuenta propia, sin intermediarios, algo raro para cualquiera de los casi 10 millones de indígenas de México. También esperan reservarse el derecho exclusivo de guiar las visitas por las ruinas de Yaxuná, en lugar de ceder el control al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México.

“Intentamos realizar un proyecto piloto de cómo una aldea maya pueda dirigir un proyecto turístico de desarrollo sostenible”, expresó Tony Peniche, arquitecto y director del proyecto en la Fundación Cultural Yucataná en Mérida, capital de la península yucataná.

La organización recibió una donación de \$243.551 en 1999 de un organismo del gobierno de Estados Unidos, la Fundación Interamericana, para el desarrollo de un hotel y de otros proyectos en la aldea.

La iniciativa de Yaxuná, según Peniche, podría servir de modelo para la administración del presidente Vicente Fox de México, quien ha prometido tratar de revertir el daño causado por siglos de racismo y abusos contra los indígenas mexicanos.

La historia moderna de México tiene como punto de arranque la brutal conquista de los indígenas y, hoy, pese a representar más del 10 por ciento de la población, siguen siendo los más pobres de todos los mexicanos.

Aunque los descendientes maya, uno de los grupos indígenas más numerosos de México, son originarios de Yucatán y a pesar de que constituyen la mitad de la población del estado, muy rara vez son propietarios de hoteles. La inversión de capital es un sueño para la mayoría de los maya, para quienes la falta de oportunidades de acceso a una educación superior es su mayor traba. Es por ello que, por lo general, se quedan estancados en los puestos más bajos de la jerarquía de empleos.

Poot explicó que los socios en la empresa del hotel están plenamente conscientes de lo mucho que tienen que aprender sobre un negocio turístico.

“Cómo recibir al turista, como decorar, cómo dirigir la cocina, cómo administrar y cómo hablar inglés,” dijo Poot, sentado sobre una de las sillas del gran comedor rústico que ya se ha construido para los futuros turistas.

En el lugar donde acampaban los arqueólogos estadounidenses, los pobladores de esta aldea ya han construidos seis cabañas con techumbre de palmas y muros en estucado. Las habitaciones son de lujo comparadas con las de las viviendas de los indígenas. En ellas se instalarán inodoros, duchas, electricidad y

ventiladores para guardar contra la humedad y el calor.

Algunos de los pobladores más jóvenes tienen experiencia limitada en turismo porque han emigrado para trabajar en Cancún o en otros hoteles de Yucatán.

No obstante la emigración y los tiempos modernos, los mayas de Yaxuná conservan aún muchas tradiciones que datan de los comienzos de su civilización. Todavía rinden culto en ceremonias a Chaac, dios de la lluvia, y celebran la primera cosecha de maíz.

Los años de trabajo en las ruinas les han hecho sabedores de la historia y de los misterios que encierran las estructuras, y pueden describir en detalle el significado de los intrincados símbolos tallados en piedra.

Mientras tomábamos tortillas con pollo asado, los indígenas nos relataron leyendas que se mantienen vivas en su comunidad.

El chamán de la aldea, Pablo de la Cruz, también socio del hotel, siempre celebraba el ritual de bendiciones antes y después de cada excavación realizada con los arqueólogos estadounidenses, quienes después de una década de trabajos, dejaron la zona en 1997.

Los arqueólogos de Estados Unidos forjaron una buena relación con los campesinos maya. Les enseñaron a excavar de forma profesional y a reconstruir las antiguas estructuras, y les pagaron por su trabajo. Trabajaron codo con codo e hicieron hallazgos como tumbas de la casa real maya repletas de artefactos. Entre los artefactos se encontraron joyas de piedra de jade y una figura en cerámica perfectamente preservada que ya han sido trasladadas a Mérida.

“Creemos que las piezas deben regresar algún día a Yaxuná. Son nuestro patrimonio cultural”, dice Poot.

Cuando los arqueólogos mexicanos se hicieron cargo del sitio surgieron discrepancias con los pobladores de la zona.

“Al principio no nos creían capaces de hacer el trabajo”, dice Rubén Poot, de 35 años e hijo de Eusebio. “Pero durante 10 años aprendimos sobre excavación y consolidación de estructuras, sobre cerámica, de todo”.

Los indígenas celebraron una asamblea y convencieron a los arqueólogos mexicanos de que les contrataran como artesanos calificados y remunerados.

La labor costosa y minuciosa de desenterrar más estructuras en Yaxuná se suspendió el año pasado y sólo continuará si el nuevo gobierno del estado que toma posesión en agosto decide asignarle fondos, dijo el director de INAH en Mérida, Alfredo Barrera.

David Freidel, uno de los arqueólogos de la Universidad Metodista del Sur y experto en la civilización maya, sólo tiene halagos para el proyecto hotelero que intenta potenciar a los habitantes mayas de la localidad.

A pesar de su próxima localización a Chichén Itza, uno de los principales lugares turísticos de México, Yaxuná es poco conocida, pero su potencial como mina de oro turística no ha pasado desapercibido. Roberto Hernández, presidente de Banamex, el banco más importante de México recientemente adquirido por Citibank, ha expresado su apoyo al proyecto de los pobladores del sitio pero también ha investigado la posibilidad de comprar terrenos de los indígenas.

“Hace poco voló hasta aquí en su helicóptero para decirnos hola”, dijo Peniche.

A pesar de las tentadoras ofertas, los indígenas no venderán. Sus tierras, que son de propiedad comunal, han sido bendecidas con ruinas que compiten con las de Chichén Itza en tamaño y son más antiguas, ya que posiblemente daten 2.000 años.

Yaxuná era un punto clave de comercio para los mayas pues se encuentra al extremo de una larga vía de comunicación y una de las maravillas de la civilización maya: un camino de piedra que atraviesa la jungla de este a oeste por más de 62 millas (103 kilómetros).

El sacbé, que en lengua maya significa “camino blanco de piedra”, es una arteria aún no excavada del camino más largo construido por los antiguos mayas. Comunica a Yaxuná con Coba, otro poblado de mayor tamaño cerca de la costa caribeña donde las excavaciones arqueológicas están más adelantadas.

En los terrenos de Yaxuná se encuentran también una hacienda abandonada del siglo 16, una iglesia de la época colonial incendiada por los indígenas maya durante un levantamiento en el siglo 18 y cinco estanques llamados cenotes. Los cenotes son depresiones en la superficie caliza de la Península de Yucatán llenas de agua proveniente de ríos subterráneos.

Uno de estos cenotes de Yaxuná, llamado lol ha, o flor de agua, es un enorme estanque de color azul zafiro rodeado de exóticas plantas trepadoras.

Logan Wagner, arquitecto con oficinas en Austin, Texas y experto en técnicas tradicionales de construcción mexicana, trabajó algunos años en Yaxuná a petición de Freidel. Fue él quien realizó los planos preliminares para la restauración de la hacienda y su conversión en biblioteca o escuela de idiomas.

Wagner también planteó a los habitantes de la aldea la posibilidad de trabajar con otras aldeas cercanas para construir senderos a lo largo de los antiguos caminos. Los turistas entonces podrían hacer el recorrido a pie o en bicicleta hasta Coba.

Algunas de las aldeas a lo largo del sacbé figuran en la lista que el gobierno del presidente Fox ha compilado de las municipalidades más pobres de México.

Peniche dice que no hay fondos disponibles para construir el sendero o restaurar la hacienda, pero los campesinos maya esperan atraer la ayuda necesaria para lograr esos proyectos.

“Han hecho mucho con un presupuesto muy escaso”, dijo Wagner. “Intentan conseguir la participación de la comunidad para labrarse su propio futuro”.

(Nota de la IAF: El siguiente artículo, que describe la labor de la Fundación Cultural Yucataná, donataria de la IAF en 1999, se publicó en varios periódicos. Se reimprime con autorización de Cox News Service.)

-###-

Para clarificación o más detalles, llame al 703-306-4357.

.